

SUPLEMENTO INFANTIL DE EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 19 de Agosto de 1926

CHARLA INSTRUCTIVA

LA CONVERSACION

La conversación necesita tres frenos que la dirijan y moderen: la caridad, la medida y la discreción.

Por la caridad el que habla se abstiene de todo lo que pueda ser o parecer calumnia, de la maldición, de las blasfemias sangrientas, palabras injuriosas, bromas mortificantes, ofensas al prójimo y aún de palabras que puedan turbarle en la paz y quietud de su ánimo. Es la caridad al mismo tiempo un punto de moral social y una regla de urbanidad porque nada altera tanto el tono y la dignidad del lenguaje, como la maledicencia, la murmuración y el espíritu de disputa. Se ha de respetar, siempre al prójimo presente o ausente. Hemos de hacer por él lo que quisiéramos que él hiciera por nosotros.

La palabra es como la bebida que emborracha, aturde y no nos deja reflexionar. Cuanto más se habla más se quiere hablar; el que se deja arrastrar cualquier observación maligna, aunque no sea más que con la mirada, le realza y es difícil que pueda contenerse aunque se haya de arrepentir después.

¿De qué no será capaz un gran hablador cuando percibe que languidece la conversación? Para evitar estos excesos hemos de observar una justa medida. Acostumbrémonos a hablar poco, a frenar nuestra lengua y a no traspasar los límites que nos hayamos impuesto por la pueril vanidad de pretener sobrepasarnos a los que nos escuchan. Para nuestra tranquilidad seamos circunspectos en nuestros discursos. Si queremos hacernos amables hablemos poco y a tiempo; no acaparemos los momentos en que otros pueden desear intervenir y expresar su juicio.

Si somos incapaces de moderar la intemperancia de nuestra lengua nos será difícil tener en la conversación la discreción sin la cual no puede haber trato ni amistad durables. La abundancia de palabras se llevará, sin quererlo nosotros, nuestros secretos y los de los otros y quizá sea causa de males irreparables. Es tan fácil que por la revelación de un secreto, se enemisten miembros de una misma familia y que amigos de la infancia se conviertan en enemigos. Se os escapa una palabra desgraciada ¿creéis que os será posible reparar el mal aunque lo deploréis? Casi nunca es eficaz la reparación.

Vigilemos la corrección y pureza de nuestro lenguaje. Evitemos los barbarismos y solecismos; Hemos de estudiar la propiedad de los vocablos que tanta gracia y claridad proporciona al discurso. Desconfiemos de las palabras nuevas introducidas de lenguajes extranjeros. Hablemos sencillamente empleando más que palabras, cuyo sentido conocemos perfectamente y que sean comprensibles para los oyentes.

La pureza y la sencillez del lenguaje son grandes auxiliares de la cortesía. Esta huye de las formas arrogantes y lo mismo para preguntas que para pedir y aún para rehusar emplea los términos más dulces. Teniendo hacia los demás los miramientos que se les debe, evita que pueda herirse su susceptibilidad, como se heriría aludiendo a una desgracia, haciendo notar una enfermedad, exaltando los bienes materiales en presencia de un pobre o hablando de perfecta salud al lado del lecho de un enfermo. Las galanterías sin gracia, las anécdotas picantes, los juegos de palabra cuando no son espontáneos deben evitarse en la conversación. Todo el mundo puede hacer un chiste, contar un cuento divertido, pero lo que a nadie está permitido, es pretender convertirse en gracioso profesional.

A. F.

PENSAMIENTO

La mayor grandeza es la del alma, y ésta sólo se consigue con la humildad.

El melón y la ciruela

EL Melón:—¡Envidioso!, has querido imitar al huevo, y en vez de yema ofreces hueso duro, cobrizo, pobre de almendra, enjuto y aplastado, como chapa de latón sobre armadura de acero.

La Ciruela:—¡Murmurador!, ¿de dónde sabes que yo conocía al huevo ni la figura de la tierra, ni el melón ni la calabaza? Sin duda encontrarás envidia en todos los objetos que entre sí guarden parecido, y entonces no has reparado en que deberás tener celos de la taronja, de la bala rasa, del sapo que se hincha y del erizo que se enrosca; ¡cómo te ensañas con mi hueso!

El M.:—No lo decía yo por la simple semejanza exterior. Quería darte a entender que pulida y gustosa, suave y medicinal como eres, pretendías también aparecer limpia y hermosa como huevos de Pascua en canastillo de paja, guardando de ser visto el corazón de pedernal que ocultas bajo aspecto dulce y barnizado.

La C.:—Ni tú has pensado en que mi tez, suave y limpia como espejo clarísimo, cubre delicado manjar para agradable desayuno y para postres de mesa.

El M.:—Nadie desconoce tus virtudes; ¡pero ese hueso!...

La C.:—¡Dale con el hueso! Criado tú en tierra muelle y abonada, no has visto sin duda ni la pavia, ni el melocotón, ni en orden inverso la almendra, la nuez y el coco, que bajo dura capa conservan sustancias deliciosas.

El M.:—Alguna vez lloré miserias bajo la copa del nogal y de la morera. Las raíces del árbol me roban parte de la vida y me privan de los rayos del sol. En vez de contemplar su corpulencia y lozanía, mirábalos como sanguiuélicas de mi sustento; y, lo confieso, desde entonces busco la vega, me agrada el llano y huyo de sombras que matan y empobrecen.

La C.:—¡Bravo! Más no has caído en la cuenta de que no todos los sitios, ni todas las tierras, ni todos los climas, ni todas las compañías, son buenas para todo, y, sin embargo, el nispero y el granado, el naranjo y el olivo, jamás tuvieron celos ni miraron de reojo al avellano, al castaño y al cerezo. Alguna vez se dijo, por quien lo entendía mucho, que *Non omnia fert omnis tellus*. Eres niño, pues te crías pronto. Creces y te hinchas recostado sobre blando lecho y entre espeso follaje. Con más trabajos y más castigado por el rigor de los inviernos, serías menos quejumbroso y más sufrido y considerado. Mira bien lo que dices de mi hueso ¿Y qué guardas tú en lo interior?

El M.:—Nada usurpo, no pido mimo ni me afano por gollerías. Has pintado mi condición como un tanto afeminada. Dióme Naturaleza la índole de vivir regalado. Pero atiende. ¿No me dió también jugos deleitables, piel dorada unas veces, jaspeada otras sobre fondo blanco, ya verde como el moral, ya entre blanco y amarillo, con sabor delicioso

mi carne, y mi vientre con pipa que refresca y líquido que limpia a modo de cosmético y con olor de piña fragante? Pues si tal hizo en mí el Criador de las cosas, ¿que razón hay para tomar por hinchazón mi corpulencia y por extraño porte el de la misma Providencia? Al cabo crezco para regalar gustos y paro refrescar al caminante abrasado y al niño caprichoso.

La C.:—En esto vamos juntos. Satisfacemos un mismo intento. ¡Cuántos caminos allanamos! ¡De cuántos males somos remedio! Lo que el invierno concentra, malea y corrompe, juntos lo purificamos. Sacudido el veneno de los placeres de la mesa y el que amontonan los excesos, mil veces hemos evitado los extragos del vicio abriendo dulcemente desagüaderos encenagados.

El M.:—Hablas con sagacidad propia de tu sexo. Vamos conformes. Mejora tú la raza, afina la condición, guarda de orugas y de pedriscos, y de mano de chiquillos.

La C.:—Cuida tú de no caer bajo la planta del bruto y haz que te mudea de postura y de cama para no sufrir el daño de las inundaciones.

El M.:—De ordinario donde caen los de mi casta, allí se están, viene luego el hortelano, y al levantarlas ve como una calva, y le agrada poco, dado que el comprador mira y remira si por ventura será daño de la luna la cama que han hecho. Y tacha sobre tacha, y vuelta sobre vuelta, acaba de llamarlos calabazas.

La C.:—Bastantes calabazas se crían en los huertos, y muchos hombres que andan por el mundo preciados de agudeza, tienen, ni más ni menos, que sangre de calabazas. Pero van en compota o en arropo de ilustración, hablan magistralmente, desdeñan la sabiduría lisa y llana, discuten diciendo, creen saber, porque se atreven a negar, y sus talentos consisten en decir con mucha formalidad solemnemente disparates. Queda melón el melón, y vaya enhorabuena la calabaza al horno, a la confitería, a los pistos de verano o a los embuchados de invierno. Mi familia anda de mesa en mesa en vasos de cristal, y sale de la botica con honores de benéfica.

ANTOLÍN MONESCILLO
Arzobispo de Valencia

Una mirada a España

PALENCIA

Está situada a la margen izquierda del Carrión y ofrece un pintoresco panorama, sobre todo visto desde el O., rodeada como está de numerosas y bien cultivadas huertas. Sus alrededores están convertidos en paseos de frondoso arbolado y agradables jardines; las calles asfaltadas, en las cuales se han erigido suntuosos edificios, que han contribuido a variar las condiciones de urbanización e higiene en estas vías públicas.

Cuenta hoy Palencia con 35.000 habitantes, y su clima es frío y seco, pero muy sano.

Se produce en sus campos trigo, cebada, hortalizas, legumbres de todas clases y remolacha azucarera.

Tratándose de Palencia, no puede omitirse la enunciación de su peculiar industria, que la dió justa fama; la fabricación de mantas y cobertores, a la que desde tiempos antiguos se dedicó, y a la cual, aunque transformada en gran parte, persiste, permitiéndola competir con ventaja con sus similares de otras industriosas poblaciones, merced a los adelantos de la mecánica.

En el paseo de la orilla del río, y en su prolongación, se levanta el Palacio Episcopal y el convento de San Buenaventura, antiguo Instituto, destinado a grupos escolares. Al otro lado de las casas que forman dicho paseo están la Catedral (la bella desconocida), como gráficamente se ha titulado por un arqueólogo notable, la iglesia de Santa Marina, el Seminario y la Compañía.

Para pasar a la orilla derecha del río existen tres puentes, uno llamado Puente de las Cillas, de antiquísima construcción; otro el puente mayor, obra admirable de piedra, y el puente de D. Abilio, éste de hierro, que puede calificarse de magnífica obra de la ingeniería moderna. La población de los siglos anteriores, al comienzo de la edad moderna, está representada por la calle Mayor Antigua y sus adyacentes.

En este espacio estuvo la Universidad de Palencia, primogénita de las Universidades españolas. En la calle Mayor Principal, ceñida en casi su totalidad de arriba a abajo en una de sus aceras por grandes columnas de piedra, está la sección más comercial de Palencia.

Domina la ciudad al Norte dos elevados cerros, llamados del «Otero» y «San Juanillo», y en la cúspide del primero existe una ermita de construcción antiquísima.

Desciella por su grandiosidad, y puede figurar entre las primeras de España, la Catedral monumento arquitectónico de estilo ojival, de esbelta construcción, bajo la advocación de San Antolín.

Ofrece singular carácter, bajo el punto de vista artístico y arqueológico, otra construcción del siglo XII, del período de transición romano ojival, la iglesia parroquial de San Miguel, cuya original y gentil torre, de grandes ventanales ajimezados, rematado por calados rosetones; corona una azotea almenada, debida a reciente y acertada restauración, siguiendo recomendaciones de ilustrados amantes del arte.

La iglesia conventual de Santa Clara, erigida por el Almirante de Castilla, hijo del infante D. Fadrique, es un precioso modelo de arte.

De los demás monumentos palentinos merecen mencionarse las Casas Consistoriales, de estilo greco-romano; la casa de Misericordia, el Manicomio de San Juan de Dios, el Seminario, los Cuarteles de San Fernando y Alfonso XII, la Estación Enológica, el Teatro y sobre todo la Diputación provincial, de estilo renacimiento castellano, y el no menos suntuoso Instituto, modelo de arquitectura moderna.

FRANCISCO ALONSO.

DE BUEN HUMOR

NIÑOS PRODIGIOS

La actual revelación portentosa de un precoz artista, un virtuoso del violín, un maestro que domina todas las dificultades del instrumento que inmortalizó a Paganini, un niño de quince años, que ha obtenido el premio fundado por el incommensurable Sarasate, consiguiendo pasmar al público y a los jurados que presidían la reñida oposición efectuada en nuestro Conservatorio de música y declamación, va a ser objeto de pavorosos problemas y de grandísimos disgustos en muchas familias. Cuando sale un niño prodigio que depende de un modo extraordinario de un arte, caso que es tan raro como una aurora boreal, muchos padres, encantados por el talento ingénito de aquella criatura excepcional, se forjan, en sus limitadas inteligencias, la ilusión de que sus neños puedan superar al genio prodigioso que acaba de despertar.

—¡Mira, Aniceta!— dice un padre a su mujer.— ¿Te parece que hagamos a Casiano pianista?

—¿Para qué?

—¡Para que sea célebre! ¡Para que todos hablen de él! ¡Será rico, poderoso! ¡Lo seremos nosotros!

Y el señor Casiano, distinguido asentador de la Plaza de la Cebada, obliga al hijo a estar tecleando el piano día y noche, con grandes protestas de los vecinos, que acaban por quejarse del constante cencerreo.

—¿Pero es que ese niño nos va a dar la murga todo el año?

—¡A ver si habla usted con más respeto de mi hijo que es un niño prodigio!

—¿Y qué es eso?

—Una cosa *mu* grandel— contesta la asentadora.

Pasan los años, y el niño aquel con tanto aporrear el piano, no sólo con los dedos sino con los puños, y hasta con los pies, acaba por tocarlo, quizás no mal, pero con la esperanza de ganar seis pesetas formando parte de un sexteto en un cine.

Porque la precocidad, cuando es acompañada por el talento, es un don que sólo da Dios a sus preferidos.

Será inútil pretender sacar de donde no hay.

—¡Caramba, D. Clemente, qué niña más mona! ¿Es de usted?

—Para servirle. Es una niña prodigio. Tiene tres años y ya sabe hacer un traje de hombre.

—¿De veras?

—¡Sí, señor! ¡Verá usted cómo pega un botón! ¡Anda, rica quitale un botón a este caballero! y pégaselo!

Y quieras que no, la niña, con unas tijeras se apodera de nuestra cazadora y de un corte se lleva el botón con la tela y todo.

El caso de este prodigioso violinista, a quien felicitamos como a sus afortunados padres, será causa de grandes trastornos familiares.

Y si no, al tiempo.

Comidas opíparas

Cuentan los historiadores que la comida que dió a doce personas Elio Vero, el más pródigo de los patricios de los últimos tiempos de Roma, costó seis millones de sestercios, que equivalen aproximadamente, a un millón doscientas cincuenta mil pesetas de nuestra moneda.

La célebre comida dada por Vitolio, Emperador de Roma, a su hermano Lu-

cio, costó más de un millón de pesetas. Suetonio, hablando del banquete, dice que se compuso de dos mil diferentes platos de pescado y siete mil aves, además de otros manjares, en proporción a los citadas.

En 1470, forje Nevil, personaje de York, dió en casa una extravagante comida, que le costó más de setecientas cincuenta mil pesetas. Entraron en ella ochenta vacas, trescientos cerdos, diez mil carneros, dos mil gallinas, cuatro mil patos, conejos y corzos, trescientos toneles de cerveza, de regular tamaño, y cuatrocientos de vino. Pero en lo tocante a bebidas caras y extravagantes, nada como las famosas perlas que se bebió Cleopatra, disueltas en vinagre. Eran las dos mejores perlas del mundo, y se calcula que valían diez y siete millones de pesetas. Una bicoca, en suma.

SÉ SIEMPRE NIÑO

Sueña, niño; la vida te acaricia; sueña con flores, perros, mariposas, Pielas Rojas de trapo y las mil cosas que hacen en este mundo tu delicia.

La rosa para tí no tiene espinas; el perro para tí no tiene dientes; y al ver la mariposa sólo sientes admiración ante sus alas finas.

El salvaje de trapo con que juegas, haciendo toda suerte de locuras, te hace soñar despierto con que llegas a inexploradas tierras de aventuras.

No faltará más tarde alma piadosa que te quiera enseñar a maravilla a ver tan sólo un cardo en cada rosa, y en cada mariposa una polilla.

Quien te diga que el perro sólo vale para morder al pobre mendigante, y que no hay aventura que se iguale al placer de explotar a un semejante.

Tú conserva el candor como un tesoro; mira todo lo bello con cariño; persigue la virtud más bien que el oro, y no temas soñar. ¡Sé siempre niño!

ICARO.

Una extraordinaria botella de vino añejo

Espira es una de las ciudades más interesantes y pintorescas del Rhin. Además de su famosa catedral románica en la cual descansan los restos de varios Emperadores del Sacro Romano Imperio Germánico, posee un curiosísimo Museo histórico del Palatinado con una de las más ricas y variadas colecciones en su género de toda Alemania.

Figura en este Museo, entre otras secciones dedicadas a las primitivas épocas germánica y romana y a las famosas cerámicas de Frankenthal, una sección especial dedicada a la vinicultura en el Rhin. En este «Museo de Vino», cuyas salas abovedadas recuerdan por su configuración los rincones y naves de una bodega, se encuentra una botella extraordinaria conteniendo— ¡todavía!— algunos sorbos de un vino más extraordinario aún. Se trata de recipiente de vidrio de la época romana hallado en una sepultura del año 300 de nuestra era y lleno de una mezcla de vino y miel. Una tercera parte del contenido se encuentra todavía en estado líquido, gracias a haberse petrificado el aceite con que fué originalmente tapada la botella. En el Museo de Espira se encuentra, asimismo, una segunda botella de la época romana, hallada intacta y llena en 1840; pero que el público tan sólo puede hoy admirar vacía, porque, según se cuenta, los arqueólogos excavadores no pudieron resistir a la tentación de visitarla.

CUENTO

LA CARIDAD

Una fría helada caía sobre una de las ciudades de la montaña. La poca gente que transitaba por las calles, emborazadas, se dirigían a sus respectivas casas o al Casino, donde pasar las largas noches de invierno.

Detrás de un grupo de estos paseantes, caminaba, envuelto en una rota bufanda, un muchacho de unos diez y nueve años de edad; iba con paso vacilante y tambaleándose, a causa del enorme frío que le penetraba hasta los huesos; en su rostro, descubierto, advertíanse las huellas del hambre, esa terrible enfermedad que causa millares de víctimas.

Después de cruzar por varias calles, se pararon ante un magnífico edificio, a través de cuyas puertas salían vivos rayos de luz y se dejaban oír las breves notas de un piano.

El muchacho que acabamos de mencionar se situó en una de las columnas que en la entrada había y esperó a que la caridad pública, con unas monedas, salvara de la miseria a su familia. Llevaban pasados ya multitud de señores sin haber depositado una moneda en el agujereado sombrero de Ricardo (que así empezaremos a llamarle), cuando por la esquina del Casino apareció una linda pareja, compuesta de un arrogante joven y una bellísima muchacha; se acercaron al Casino, y al ver el que pedía limosna, por salvar a su familia, el joven hizo un ademán para que la joven no se rozara con el vagabundo; la jovencita, viendo lo que su compañero quería hacer, se acercó a Ricardo y depositó unas monedas en el sombrero; en sus muñecas y dedos lucían soberbias joyas que lanzaban vivos destellos.

—¡Dios se lo pague!— contestó el vagabundo.

Y la linda pareja se alejó con paso firme, mientras que él, con los pocos cuartos que había recogido aquella noche se dirigió a su hogar.

Se paró delante de una humilde casa, y después de subir innumerables escalones, entró en la buhardilla, donde en su lecho yacía con pulmonía la madre de Ricardo. En cuanto hubo traspasado el umbral, se vio acometido por dos criaturas, no mayores de cinco años, que a voces le pedían pan. El entonces sacó un pedazo de pan negro que había comprado por las monedas que la joven le diera, y después de repartir entre las criaturas un poco de él, se dirigió al lecho de su madre y le ofreció el resto; la anciana cogió en sus manos temblorosas el alimento que hacía días le faltaba.

En aquel momento llamaban a la puerta.

—Adelante— contestó Ricardo.

—¡Buenas noches!— dijo entrando un hombre alto cubierto su cara por un bigote rubio y perilla. Era el médico que venía a visitar a la madre.

Se acercó al grupo formado por madre e hijo, y tomando a ésta por la mano, buscó el pulso, luego sacó un papel de su cartera y escribió la receta que había de llevar a la farmacia para que le diera la salud de su madre.

El médico se despidió de aquel cuadro conmovido. Ricardo cogió el papel en la mano y se dirigió a la puerta con ánimo de comprar las medicinas que el médico había recetado, pero cuando abrió la puerta se dió cuenta de que no llevaba dinero; ¿qué hacer? se preguntaba; un rayo de luz pasó por su mente: cerrando con fuerza, tras sí la puerta bajó los escalones y se encontró en la calle, se dirigió con paso largo al Casino y, cuando hubo llegado, saltó la verja que le cercaba, y acercándose a una de las ventanas se asomó a ella; el interior estaba en silencio; alumbraban la estancia dos luces eléctricas, nuestro joven, después de abrir la ventana, saltó al interior y se asomó a una de las puertas de enfrente; no viendo a nadie en la habitación contigua, entró y se acercó a un tocador donde aun había varias joyas; quizá su propietaria no tardaría en venir a recogerlas.

Ricardo se fijó en las joyas y su rostro se tornó pálido; había reconocido en las joyas a las que viera puestas en las manos de la que le había dado el pan.

Una batalla formidable se desarrollaba en su corazón. Iba a retroceder, pero ya era tarde; un grito había salido detrás de él. Dió la vuelta y se encontró con la dama propietaria de las joyas.

A los gritos de la dama acudieron en un momento los señores que ballaban en el salón, y viendo a Ricardo, se arrojaron sobre él y le sujetaron fuertemente.

La bella joven había reconocido en Ricar-

do al pobre que diera limosna aquella misma noche, y dirigiéndose a él, le preguntó:

—¿Qué ventas a hacer aquí?

Ricardo sacó la receta del médico, y enseñándosela le dijo que le faltaba dinero para ir a la farmacia a buscar lo que el médico le decía, y que como se encontraba sin dinero, tomó la resolución de robar; a esta palabra le siguió un entremecimiento y rompió a llorar.

La dama compadecida de él, se acercó y sacando veinticinco pesetas, se las entregó.

Pasaron ocho días; su madre, completamente curada, había entrado a trabajar en una fábrica y Ricardo en un taller mecánico, y desde entonces nunca les ha faltado el pan, gracias a la caritativa dama.

TOMAS GONZALEZ.

LA FOCA

La foca, de la que se ha dicho que es un animal estúpido, no debe ser tanta su estupidez si tenemos en cuenta los ejercicios que le hemos visto realizar en las pistas de los circos. Verdad es que su cuerpo, de conformación particularísima, la lentitud y pesadez de sus movimientos, sus patas aplanadas y cortas—sobre todo las posteriores, que más parecen aletas, nos dan una impresión de torpeza que quizá sea el origen de esa estupidez que se ha creído ver en estos simpáticos animales.

La constitución de ellos denota claramente que su elemento es el agua, donde vive.

Habitaban en los países fríos y son abundantes en Groenlandia y Terranova. Se encuentran siempre reunidos en grandes manadas, y salen a tierra a tomar el sol; su piel y su grasa, de múltiples aplicaciones, es el preciado botín de los habitantes de aquellos lejanos países, que organizan cacerías en determinadas épocas del año.

EL AHORRO

Que nadie diga que no puede economizar. Empiece por cualquier cosa, por un céntimo. Así se formará el hábito de la economía y de rehusarse a sí mismo determinadas cosas.

El ahorro no requiere un valor ni una inteligencia superiores ni ninguna virtud sobrehumana. Sólo exige sentido común y el poder de resistir a fruicciones egoístas. Realmente el ahorro no es sino el sentido común en acción, por un ejercicio cotidiano. No necesita ninguna resolución ferviente, sino una pequeña y paciente abnegación de sí mismo. «Principia» es su divisa. Cuanto más se practica el hábito del ahorro, más fácil se hace y tanto más pronto recompensa al que se impone privaciones a sí mismo de los sacrificios que se ha impuesto.

Así, pues, queridos pequeños habituaos al ahorro, con lo cual estaréis siempre preparados para la lucha por la vida.

Saldo de chistes malos

—¿Cuál es el colmo de un corto de vista?

Acostarse con lentes para ver lo que sueña.

—¿Y el de un pollo bien?

Poner por la noche los calcetines en remojo para llevarlos al día siguiente calados.

—¿Cuál es el hotel que está más alto?

El hotel París, porque está encima de la Montaña.

—¿En qué se parece una aritmética a un árbol?

En que tiene hojas y raíces.

—¿En qué se parece un equipo de fútbol a una proporción?

En que tiene medios y extremos.

—¿Y un equipo de fútbol a una casa?

En que tiene portero.

—¿En qué se parece el bicarbonato a las chicas de ahora?

En que son sosas.

Imp. de M. Sintes Rotger. — Mahón